

Miguel Ángel Jordán

UHLMA

El mundo de  
los sueños

 ediciones  
**ÁMBAR**

Primera edición en esta colección: octubre, 2012

© Miguel Ángel Jordán, 2011  
© de la presente edición, 2012, Ediciones Ámbar, S.L.  
Cristòfol Colom, 24, 08172 – Sant Cugat del Vallès (Barcelona)  
<http://www.ediambar.es>

Diseño de la cubierta: Juan Pablo García  
Maquetación de la cubierta: Helena Velázquez

Printed in Spain  
ISBN: 978-84-92687-58-9  
Depósito legal: B-19082-2012

Impreso y encuadernado en Liberdúplex

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

## Capítulo I

Otra mañana en el instituto: clases y más clases.

Adrian siempre había sido un buen alumno, o mejor dicho, siempre había obtenido buenas calificaciones, pero eso no significaba que le gustara aguantar una lección tras otra, desde primera hora de la mañana hasta bien superado el mediodía. Por fortuna también había ratos libres para poder charlar con los amigos, hacer un poco de deporte y pensar planes para el siguiente fin de semana.

—Podríamos ir a pescar —era la constante sugerencia de Paul.

—No pienso madrugar un sábado para luego tirarme toda la mañana sosteniendo una caña como un idiota —respondía siempre Max.

El Instituto Brandom, en pleno corazón de la ciudad, era uno más de los muchos centros educativos dispersados estratégicamente por toda el área urbana. No tenía nada de especial; ni las instalaciones deportivas, que consistían en dos pistas de baloncesto y un pequeño descampado; ni la calidad de la comida, a base de precocinados; ni la excelencia de sus profesores, que eran tan buenos o malos como los de los demás institutos. Sin embargo, tras algo más de un curso allí, Adrian había llegado a acostumbrarse a él hasta el punto de sentirse como en un segundo hogar. Si no hubiera sido por las interminables horas de clase...

Era martes por la mañana. Debido a un reajuste provisional de horarios habían tenido dos clases seguidas de química con la señora Frost, y después de semejante tormento, Adrian y su grupo de amigos recuperaban fuerzas sentados en las gradas de una de las pistas deportivas.

—No puedo más —confesó Mitch, recostándose sobre la superficie de hormigón—. Mis neuronas han sufrido un maltrato superior a su capacidad de resistencia.

—Pues te recuerdo que ahora tenemos un apasionante examen de historia —intervino Dylan.

—Creo que estoy enfermo, voy a llamar a mi madre para que venga a buscarme —declaró Mitch en tono lastimero.

—Venga, tíos, no exageréis, tampoco es para tanto —les espetó Paul.

—No lo será para ti, míster cerebritito, pero el resto de los mortales no tenemos esa capacidad tuya para encontrar interesante los rollos que nos sueltan día tras días nuestros queridos profesores —repuso Max.

—Si prestarais más atención, os daríais cuenta de que no todas las clases son un rollo —contestó Paul—. Además, vosotros también queréis sacar buenas notas, y para eso hay que atender a las explicaciones.

—A mí me gustaría ser como Dylan y Adrian —reconoció Mitch—. No pegan ni golpe y luego no solo las aprueban todas, sino que hasta sacan buenas notas.

—¿iCómo que no pego ni golpe!?! —protestaron simultáneamente los dos aludidos.

—Ayer me pasé toda la tarde estudiando para el examen de historia —continuó Adrian.

—iSerás mentiroso! —casi gritó Max—. Ayer tuvimos entrenamiento hasta las seis y, cuando te ibas, me dijiste que tenías natación hasta las siete y cuarto...

—Sí, pero luego estudié.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las nueve.

—¿Y cuándo cenaste?

—Al llegar a casa después de natación, ya sabes que la piscina me abre el apetito.

—Es decir, que estudiaste una hora como mucho —concluyó Max—. Y lo peor es que sacarás un sobresaliente; y tú igual —le recriminó a Dylan.

—Oye, no es culpa mía si tengo buena memoria —se excusó Adrian.

—¡Qué mala es la envidia! —añadió Dylan con una sonrisa pícaro.

Nada más terminar el examen, Max se acercó a sus amigos para preguntarles qué tal les había ido.

—Ya veremos —contestaron Adrian y Dylan, reticentes a dar una respuesta demasiado positiva.

Durante la comida, Mitch planteó la posibilidad de ir de acampada el siguiente fin de semana, pero la iniciativa no fue demasiado bien acogida por los demás chicos; ese mes de febrero estaba siendo uno de los más fríos de los últimos años y, aunque no estaba previsto que nevara, no les apetecía exponerse a los elementos pudiendo hacer otros muchos planes.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Mitch algo molesto por la negativa generalizada a su propuesta.

—Podemos quedar con las chicas para ir al cine —sugirió Max.

—¿Para ver una de esas comedias tontas que tanto les gustan? —inquirió Dylan claramente en desacuerdo.

—No tiene por qué ser así. Creo que echan una de acción...

—No sé qué es peor —intervino Adrian— si tragarse la película que ellas quieren o aguantar las quejas después de ver la que hemos elegido nosotros.

—Pues quedamos a merendar con ellas y luego damos una vuelta —insistió Max.

—Pero ¿por qué tienes tantas ganas de quedar con las chicas? —planteó Adrian—. El sábado es el único día que podemos hacer lo que nos da la gana. Si salimos con ellas...

—La razón empieza por «J» y está sentada tres mesas más para allá —intervino Paul acompañando sus palabras con un disimulado cabeceo.

—¿¡Julia Swatson!?! —exclamó Dylan alzando involuntariamente la voz.

—¡¡Shhhh!! —le mandó callar Max azorado, mientras dirigía una mirada rápida para comprobar si la interesada había escuchado a su amigo—. ¿¡Eres idiota o qué te pasa!?! —añadió a media voz algo más tranquilo al ver que Julia seguía conversando sin prestarles atención.

—Perdona —se excusó Dylan divertido—. ¿Vas en serio? ¿Te gusta Julia?

—Yo no he dicho eso, ha sido Paul —se excusó Max inquieto—, pero ¿cuál sería el problema si fuera así?

—No hay ningún problema —intervino Adrian conciliador—, es solo que nos ha sorprendido.

—Pues no sé por qué —repuso el muchacho pasando al ataque—, solo porque tú pases de todas las chicas no quiere decir que los demás tengamos que hacer lo mismo.

—Sí —dijo Mitch con una sonrisa—, creo que ya son cincuenta y seis.

—¿Cincuenta y seis? —preguntó Paul extrañado.

—Las componentes del grupo «Estoy loca por Adrian Miller pero él no me hace ni caso».

—No digas tonterías —le espetó el aludido con gesto de fastidio.

—Pero si es la verdad —insistió Mitch—, cuando entras en clase todas empiezan a cotillear, a arreglarse el pelo y a lanzarte unas miraditas...

—¿Y cómo es que yo nunca me he dado cuenta de eso? —inquirió Adrian al comprobar que no le iba a ser posible eludir el tema.

—Pues eso es lo que nos preguntamos todos —contestó Max—. ¿Cómo consigues pasar tanto de las chicas?

—No es que pase, simplemente... no acabo de, bueno, no sé cómo explicarlo —reconoció el muchacho algo confuso—. Hay

muchas chicas atractivas en el instituto, pero no acabo de sintonizar con ninguna. De todos modos, tampoco me preocupa —añadió en tono despreocupado—, no tengo prisa por complicarme la vida.

—Tienes razón —intervino Dylan apoyando a su amigo—. Es mejor ir a nuestro aire, aunque si tú prefieres convertirte en el esclavo de Julia Swatson...

—No seas idiota —le espetó Max enrojando.

La semana continuó su ritmo; clases, entrenamientos, deberes, exámenes... Ya había llegado el viernes y todavía no tenían claro el plan para el día siguiente.

—Pues si no queréis acampar, al menos podríamos hacer una excursión de mediodía —volvió a proponer Mitch.

—Estamos a solo cuatro grados y mañana va a hacer más frío, ¿y tú quieres que nos pasemos todo el día dando vueltas por el bosque? —objetó Max.

—¿Entonces?

—Vosotros haced lo que os dé la gana, yo he quedado para ir al cine.

—¿¡Que has quedado!?! —gritaron los muchachos.

—¿Con quién? —se interesó Dylan.

—Con Kyle, Bruce y...

—¿¡Has quedado con esos ceporros!?! No me lo puedo creer.

—Oye, tú casi no los conoces...

—Espera, espera —interrumpió Paul—. Ese Bruce, ¿no es primo de Julia?

—¡Es verdad! —recordaron los chicos entre risas.

—¿Tácticas de aproximación? —inquirió Adrian antes de darle un sorbo a su lata.

El muchacho dirigió una mirada rápida a las otras mesas; la cafetería estaba prácticamente llena y el bullicio hacía difícil mantener una conversación. Alguien abrió la puerta, dejando entrar una brisa fría que hizo que los muchachos se encogieran ligeramente. Adrian también notó el soplo gélido, pero no fue eso lo que le hizo estremecerse.

Una sensación completamente desconocida para él le llevó a removerse en su asiento. El muchacho no supo identificar el origen de su desasosiego y, al mirar de nuevo a sus amigos, vio que continuaban charlando animadamente; solo Dylan parecía haberse dado cuenta de su turbación y le miraba con curiosidad.

—¿Estás bien?

—Sí, claro —contestó Adrian tratando de sonreír.

En ese mismo instante, alguien pasó a su lado y el desasosiego aumentó. Adrian alzó la mirada involuntariamente y solo vio a una chica completamente desconocida. La muchacha continuó su camino y se sentó junto a otras alumnas de segundo año.

—¿La conoces? —preguntó Adrian a Dylan, intentando mantener un tono casual.

—¿A quién?

—A la que acaba de pasar por aquí, está sentada junto a Cynthia. Dylan se volvió con cierto disimulo y buscó entre las mesas.

—No me suena —contestó segundos después—, ¿por qué?

—No, por nada. Es que me ha llamado la atención ver una cara nueva, y al parecer va a nuestro curso —dedujo Adrian sin querer darle más importancia al asunto.

—Bueno, pues si es así, ya coincidiremos en alguna clase —pre-dijo Dylan con indiferencia.

—Claro.

Adrian inspeccionó el aula nada más entrar; todavía no había llegado el señor Thompson, y la gente se agrupaba para charlar, apurando los minutos de descanso. Sin querer darle más importancia a lo ocurrido en el comedor, el muchacho ocupó su pupitre habitual en la hora de literatura y saludó a Tommy, que se sentó junto a él.

—¿Cómo ha ido la mañana? —preguntó Adrian sonriente.

—Bastante bien, hemos tenido dos horas de deporte, y la clase de mates y la de geografía han sido soportables.

—A ver por dónde sale hoy el señor Thompson...

Adrian dejó en suspenso la frase, pero Tommy no pareció notar-lo. Acababa de entrar el profesor y, justo detrás de él, lo había

hecho la desconocida de la cafetería. La muchacha avanzó decidida hacia uno de los pupitres libres y se acomodó mientras sonreía con timidez a la ocupante del asiento vecino.

El chico tuvo que hacer más esfuerzos de los habituales para atender durante la explicación del señor Thompson.

—¿Algún problema señor Miller? —preguntó el profesor de literatura al captar la mirada perdida de su alumno.

—Solo que es viernes por la tarde —se excusó el muchacho provocando risitas de complicidad de algunas compañeras—. Disculpe, señor.

Nada más sonar el timbre, Adrian estuvo tentado de acercarse a la recién llegada y presentarse, pero comprendió que no era lo más correcto, y salió del aula, tomando un camino distinto al de ella, para asistir a la última clase de la semana.

—Rebecca Price, Becky para los amigos. Estudiaba en el instituto Oeste pero, por motivos que desconozco, ahora viene al nuestro —comenzó a recitar Dylan sin esconder una sonrisa triunfal.

—¿Cómo lo sabes?

—Va a mi clase de expresión artística, y me he pasado toda la hora sentado detrás de ella y de la cotorra de Emily Dexter, que no ha dejado de acosarla a preguntas.

—O sea, que te has pasado toda la hora escuchándolas. ¡Menudo cotilla! —le recriminó Adrian divertido.

—¡Oye, que lo he hecho por ti!

—¿¡Por mí!? Yo no te he pedido que espieras a nadie.

—No hace falta que lo pidas, adivino tus pensamientos; por algo soy tu mejor amigo —razonó Dylan—. Pero, si quieres que te diga la verdad, no sé qué le has visto a esa tal Becky. Hombre, la chica es mona y tiene un no-sé-qué, no te lo voy a negar —continuó argumentando el muchacho—, pero no consigo entender qué es lo que ha hecho que se derrita el hielo que recubre tu corazón insensible.

—¿Vas a decir alguna tontería más o has acabado ya? —inquirió Adrian impaciente.

—¿He dicho alguna tontería?

—¿¡Alguna!?! Creo que las has agotado todas. Mira, tío, te repito que yo no te he pedido ningún tipo de información; tampoco he dicho que me interese esa chica; y, además, no tengo el corazón de hielo.

—Recubierto de hielo —le corrigió Dylan.

—¡Lo mismo da!

—Como quieras. Pues es una lástima que no estés interesado porque aún sé más cosas de ella, y estoy seguro de que te gustaría saberlas.

—No soy un cotilla como tú.

—Vale.

Caminaron en silencio por las calles abarrotadas cruzándose con grupos de estudiantes bulliciosos. Adrian dirigió un par de miradas a su amigo, que pareció no percatarse. Finalmente, sonrió resignado y lanzó la pregunta que pugnaba por salir.

—¿Qué más sabes de ella?

—Te ha costado, ¿eh?

—¿Vas a decírmelo o no?

—No tiene hermanos y vive con su abuela —le informó al fin Dylan.

Adrian se detuvo sorprendido.

—¿Es...?

—Sí. Podríamos montar un club —apuntó el chico con una media sonrisa.

Tanto Adrian como Dylan habían perdido a sus padres al poco de nacer. No solían hablar de ello, pero estaba claro que el hecho de que los dos fueran huérfanos era un punto más de unión en su estrecha amistad. Adrian vivía con su tío Connor, el único hermano de su madre. Y Dylan había sido adoptado por Alice, hermana de su padre, y William, su marido.

—¿Crees que tenemos un sexto sentido para detectar huérfanos? —preguntó Adrian dejando atónito a su amigo.

—¿Me estás tomando el pelo o es que se te ha ido la cabeza?

—Esta mañana, he podido percibir a... Rebecca antes de verla —explicó el muchacho.

—Adrian, dime la verdad, ¿estás tomando algo raro? Sabes que soy tu amigo y que puedes confiar en mí —inquirió Dylan con una sonrisa pícaro.

—¡Vete a...!

—Vale, vale, eso ya me deja más tranquilo. ¿Vendrás mañana al partido?

Tras mucho discutir, los chicos habían acordado jugar un partido de baloncesto al día siguiente y después ir a comer a una pizzería.

—Claro, ¿vamos juntos?

—Muy bien, pasaré a recogerte a las diez y media. No me hagas esperar.

—Sería la primera vez —repuso Adrian.

—En eso tienes razón. Nos vemos —se despidió Dylan cuando llegaron al lugar en el que solían separarse.

—Hasta mañana —respondió el muchacho, continuando su camino pensativo.



## Capítulo II

El día amaneció frío pero despejado, tal y como había anunciado la previsión del tiempo en el telediario de la noche anterior; y Dylan llegó con diez minutos de retraso, cumpliendo los pronósticos de Adrian, que le esperaba sentado en las escaleras de la entrada.

—No ha sido culpa mía.

—Claro que no.

—¡Es la verdad!

—Yo no he dicho lo contrario.

—Mi tía me ha pedido que comprara una barra de pan justo cuando salía hacia aquí.

—¡Qué malvada!

—Te veo un poco sarcástico —apuntó Dylan mientras entraban en la estación de metro.

—Si tú lo dices...

El complejo deportivo en el que solían quedar estaba a ocho paradas y un trasbordo de distancia, lo que significaba un viaje de algo más de veinte minutos durante los cuales, para sorpresa y alivio de Adrian, Dylan no hizo referencia alguna a la conversación del día anterior sobre la nueva alumna.

Mitch y Paul les esperaban en una de las pistas junto a otros chicos del instituto. Adrian no era demasiado buen jugador de

baloncesto, ni siquiera se trataba de su deporte favorito. Él prefería el fútbol y el béisbol y, de hecho, Max y él entrenaban todas las semanas con el equipo de fútbol del instituto, pero el entrenador Donovan no solía convocarlos para los partidos; los alumnos mayores acaparaban todos los puestos y no parecía que eso fuera a cambiar hasta el año siguiente. Así que, semana tras semana, Adrian se resignaba a rebozarse con las camisetas sudadas de sus oponentes, cuando luchaba por ganar la posición, y a asumir el riesgo de romperse un tobillo cada vez que saltaba para coger un rebote.

Mientras comían en La Bella Canzone, una pizzería que siempre estaba repleta de jóvenes, por sus menús abundantes y económicos, Mitch planteó la posibilidad de ir a la bolera de su abuelo para echar unas cuantas partidas gratis.

—¡Gratis! Eso sí que suena bien —comentó Dylan encantado con la idea.

—Por mí perfecto —accedió Paul—, ¿vienes Adrian?

—Le he prometido a mi tío que le ayudaría a ordenar el trastero —repuso el muchacho contrariado—. ¿Por qué no lo dijiste ayer? Podría haberme organizado para ir.

—Lo siento, no me acordé. Pero podemos dejarlo para otro día —propuso Mitch sin mucha convicción.

—No, no quiero fastidiaros la tarde —contestó—. Id y así practicáis un poco, para que cuando vaya yo la paliza sea menor.

—Sí, buena idea —aceptó Dylan—. Aunque si prefieres que te acompañe para que no te asalten en el metro, lo entenderé.

—Tranquilo, creo que conseguiré llegar a casa con vida.

Fueron juntos hasta la estación más próxima y, una vez allí, se despidieron hasta la primera clase del lunes siguiente, en la que todos coincidirían en la lección de química de la señora Frost.

No había mucha gente en el andén y, por lo que indicaban las pantallas, aún faltaban un par de minutos para que llegara el metro. Adrian dejó volar su imaginación unos instantes, pero enseguida escuchó el ruido de un tren acercándose, y retrocedió unos pasos instintivamente. Al entrar al vagón, volvió a experimentar

la misma sensación del día anterior. Confuso y desorientado, consiguió reaccionar a tiempo y girar el cuerpo para que las puertas automáticas no atraparan la mochila que colgaba de su hombro. El tren se puso en movimiento y nadie parecía adivinar la conmoción interior del muchacho, que se agarró a una de las barras, intentando recuperar la calma.

«Bueno, al menos ya sé que lo de ayer no estaba relacionado con esa chica», dijo para sus adentros, «porque ahora ella no está aquí y vuelvo a sentir lo mismo».

Había algunos sitios libres, y sus piernas empezaban a acusar los efectos del intenso partido, así que, algo más tranquilo, caminó por el estrecho pasillo en busca de un asiento desocupados.

«¡No puede ser!», pensó Adrian.

El muchacho no estaba seguro, pero algo en su interior le dijo que su intuición había acertado. De espaldas a él, una chica de quince o dieciséis años leía un grueso libro que parecía haber captado toda su atención. Llevaba un chándal de tonos claros y una gorra beige, de la que escapaba una coleta castaño oscuro. Durante unos segundos interrumpió su lectura y miró hacia el frente como si algo hubiera llamado su atención. Adrian permaneció inmóvil, observándola, hasta que la muchacha inclinó la cabeza y continuó leyendo.

Reuniendo todo su valor, avanzó unos pasos y se dispuso a ocupar el asiento opuesto al de la joven, decidido a afrontar esa situación tan extraña para él.

La muchacha volvió a alzar la vista al notar la nueva presencia, y Adrian detectó una expresión extraña en los ojos verdes que, casi de inmediato, se escondieron centrándose en la novela.

El chico la miró dudando sobre el modo de actuar, no quería parecer brusco pero tampoco podía perder esa oportunidad de saber si...

—Tú eres Adrian Miller, ¿no? —inquirió la muchacha dejándole atónito.

—Sí, pero...

—Ayer coincidimos en clase de literatura y el profesor...

—Thompson —apuntó el muchacho recuperándose de la sorpresa.

—Sí, eso, el profesor Thompson te llamó la atención. Mi compañera me dijo cómo te llamabas.

—Ah, claro, comprendo. Tú eres Rebecca Price aunque te llaman Becky, ¿no? No suelen llegar muchas alumnas nuevas a mitad de curso —explicó Adrian ante el gesto de sorpresa de ella.

—Vaya, resulta que los dos estábamos más informados de lo que parecía —comentó Becky sonriente.

—Sí, en el instituto las noticias vuelan.

Adrian comenzó a sentirse extrañamente relajado. Era la primera vez que hablaba con esa chica, y él solía ser bastante tímido al principio pero, en esta ocasión, tenía que hacer esfuerzos para contenerse y no hablar más de la cuenta. A ella parecía estar ocurriéndole algo parecido, y la conversación brotaba con tal fluidez que estuvieron a punto de saltarse la parada en la que los dos debían bajar para cambiar de tren.

—Si no me equivoco tengo que coger la línea cuatro —le informó ella, echándole un vistazo al plano que llevaba consigo.

—Yo también. ¿Dónde vives?

—Acabamos de mudarnos, vivimos en una zona residencial no muy lejos de aquí; Brooksprings, ¿la conoces?

—¿iVives en Brooksprings!? —preguntó Adrian sin ocultar su sorpresa—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No, ¿por qué?

—Yo también vivo allí, en la calle cuarenta y siete, donde está...

—La farmacia —intervino ella, dejándole atónito—. Pues sí que es casualidad porque nosotras vivimos en la cuarenta y nueve, muy cerca del...

—Centro comercial —dijo Adrian sonriendo.

—Sí.

—Así que somos vecinos.

—Eso parece.

Ya casi estaban llegando a la casa de Rebecca, y Adrian se sintió en la obligación de justificar su comportamiento tan cargado de confianza. No había dicho nada inconveniente; si algo le había

inculcado su tío era la corrección y las buenas maneras pero, aun así, no quería que ella lo tomara por un frívolo que iba asaltando a desconocidas en el metro.

—Becky, verás, me gustaría explicarte algo aunque es posible que te suene muy extraño. —La muchacha le observó en silencio—. Aunque cuando te lo diga, igual piensas que estoy loco o que soy un descarado que utiliza trucos extravagantes para impresionar a las chicas, pero el hecho es que tanto ayer, cuando entraste en la cafetería, como hoy, he tenido una sensación muy extraña antes de verte. No sabría explicártelo —añadió enseguida al detectar cierta precaución en la mirada de ella—, es como si me hubiera reencontrado con alguien muy cercano y pudiera... detectar su presencia. Y, por eso, sin darme cuenta, me he comportado contigo como si fueras una amiga de toda la vida. En fin, no sé decirlo mejor y no quiero que me tomes por un...

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir porque a mí me ha ocurrido lo mismo —le interrumpió Becky—. Y me alegro de que me lo hayas dicho porque yo tampoco quiero darte una impresión equivocada. En realidad soy muy tímida y me cuesta mucho hablar con gente a la que no conozco. Cuando mi abuela me dijo que tendría que cambiar de instituto casi me da algo. He tardado tres días en decidirme a asistir a clase, y elegí el viernes porque así solo pasaría unas horas de vergüenza y luego tendría todo el fin de semana para recuperarme —reconoció azorada.

»Esta mañana he ido a casa de mi mejor amiga y, cuando me ha preguntado por el nuevo instituto... me he dado cuenta de que no recordaba el nombre de ninguna de las chicas que conocí ayer, pero sí que he recordado el tuyo —confesó ruborizándose completamente—. Y la verdad es que no sé por qué. Me he sentido muy cómoda hablando contigo, y te agradezco tu sinceridad, pero no me gustaría apresurarme a la hora de sacar conclusiones...

La muchacha se calló temerosa de haber dicho más de lo necesario. Adrian, comprendiendo su turbación, decidió cambiar de tema, aunque no estaba muy seguro de la oportunidad de lo que iba a decir.

—Así que vives con tu abuela —afirmó.  
—Sí, mis padres murieron hace mucho, no llegué a conocerlos.  
—Yo tampoco conocí a los míos; vivo con mi tío Connor.  
—Rebecca lo miró con incredulidad—. Quizás eso lo explique todo —se aventuró a decir Adrian—. Es posible que los huérfanos tengamos un don para detectar a los que son como nosotros. De hecho, Dylan, mi mejor amigo en el instituto, también es huérfano.  
—Quién sabe —respondió ella—. Bueno, debería entrar o mi abuela me acosará a preguntas toda la tarde. Supongo que nos habrá estado observando —añadió, mirando de reojo hacia su casa.  
—Sí, yo también tengo que irme. Encantado de haberte conocido, Becky. Nos veremos en el instituto.

—¡Vaya! ¿Seguro que no lo tenías todo planeado? —fue el comentario de Dylan cuando Adrian le contó su encuentro fortuito con Becky.

Faltaban menos de diez minutos para que comenzara la clase de química, y los chicos caminaban a paso ligero en dirección al instituto.

Con la finalidad de evitar comentarios irónicos y preguntas malintencionadas, Adrian había omitido casi todos los detalles en su relato de lo acontecido el sábado en el viaje de vuelta a su casa. No hacía falta que Dylan supiera todo el contenido de la conversación.

—Claro que lo tenía todo planeado —contestó el muchacho adoptando la estrategia que le pareció más oportuna—, ¿no recuerdas lo que te dije de que podía percibir su presencia?

—Ah, es verdad, se me había olvidado que tienes superpoderes —repuso su amigo con una sonrisa.

Adrian no necesitó inspeccionar el aula para saber que Rebecca estaba allí. Había empezado a acostumbrarse a esa extraña sensación y, estaba dispuesto a asumirla sin buscarle más explicaciones. La muchacha estaba sentada en una de las primeras filas, revisando el que debía de ser su nuevo horario.

—Buenos días, ¿necesitas ayuda? —la saludó al pasar junto a ella.

—Buenos días —contestó con una sonrisa cálida—. Muchas gracias pero creo que conseguiré aclararme.

Adrian detectó varias miradas curiosas de algunas de sus compañeras y continuó el camino hacia su pupitre, consciente de haberles dado un valioso material para los cotilleos del mediodía.

—¿Preparado para lo que se nos viene encima? —inquirió Dylan al ver entrar a la señora Frost.

—Te lo diré cuando acabe.

Durante el primer descanso, Max fue sometido a un interrogatorio de tercer grado por el resto de sus compañeros. El muchacho se mostró reticente a contar su plan del sábado anterior pero, ante las continuas preguntas y suposiciones de sus amigos, acabó cediendo de mala gana.

—Creo que ha sido lo peor que me ha pasado en mi vida.

—¿Peor que las clases de química? —preguntó Mitch.

Max ignoró el comentario y continuó hablando:

—Esos tíos son unos muermos, no, peor aún, son unos desequilibrados mentales que no han superado la etapa del pañal. Casi me muero de vergüenza por su culpa. Nada más entrar en el cine, empezaron a hacer el borrego, llamándose unos a otros con el móvil, tirándose palomitas y diciéndole tonterías a cada chica que pasaba...

—¿Y por qué no te largaste? —inquirió Paul.

—Estuve tentado de hacerlo, pero Bruce me había dicho que su prima y otras chicas acudirían directamente al cine, así que decidí esperar hasta que llegaran.

—¿Y llegaron? —quiso saber Adrian.

—Sí, justo antes de que empezara la película.

—¿Y...?

—Y resulta que Julia Swatson está saliendo con Ethan Farrel —les informó—, y llegaron juntos al cine.

—¿¡Ethan Farrel!?! —exclamaron los cuatro amigos a la vez.

—¿¡Ese gigantón que juega en el equipo del instituto!?

—Y que tiene menos cerebro que una ensalada de remolacha —añadió el mismo Max—. Sí, ese.

—No me lo puedo creer, pensaba que Julia era una chica inteligente —opinó Paul.

—Pues qué quieres que te diga, Max —intervino Mitch—, por un lado lo siento por ti, pero por otro también me alegro; una chica que está dispuesta a salir con un espécimen de esa categoría...

—Sí, eso mismo pensé yo —reconoció el interesado—, aunque hubiera preferido saberlo antes y haberme ahorrado el dinero y la vergüenza.

—Así aprenderás a venir siempre con nosotros —le instruyó Dylan—, aunque sé de alguien que encontró su suerte haciendo justo lo contrario —añadió guiñándole un ojo a Adrian.

Pasaron un par de días y todo seguía su curso. Becky coincidía en muchas asignaturas con Adrian y, superados los reparos iniciales, el muchacho no dudó en acercarse a ella para charlar en los trayectos de un aula a otra, o mientras esperaban a que llegara el profesor. Este comportamiento no pasó inadvertido al resto del alumnado femenino, que se preguntaba, sin llegar a ninguna conclusión convincente, qué habría visto aquel atractivo muchacho de pelo claro y ojos azules en una chica tan poco sofisticada y carente de interés.

Nada más finalizar la última clase, Adrian se acercó a Becky que estaba terminando de recoger sus cosas.

—¿Vas a casa directamente o tienes que pasar por algún sitio antes?

—Mi abuela quiere que la acompañe a hacer algunas compras, así que iré directamente a casa, ¿por qué?

—Dylan y yo solemos ir juntos, y, si no tienes inconveniente, podrías venir con nosotros. No es bueno que una señorita camine sola por estas calles.

—Hasta ahora no he sufrido ningún percance —respondió ella sonriente—, pero agradezco tu invitación y creo que voy a aceptarla, aunque eso...

—Va a significar más cotilleo, ¿verdad? Espero que no te hayan incordiado...

—No, bueno, sí... Un poco, pero no pasa nada. Es lo que ocurre cuando alguien como tú le hace más caso de lo previsto a alguien como yo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el chico poniéndose serio.

—Da igual, ¿vamos?

Al salir del instituto, Rebecca se fijó en un hombre de aspecto extraño que parecía estar observándolos.

—No te preocupes —la tranquilizó Dylan—, el viejo Mórtimer no es peligroso, o al menos no lo ha sido hasta ahora.

—¿Mórtimer? ¿Lo conocéis?

—Bueno, no exactamente —aclaró Adrian—. Ni siquiera sabemos cuál es su verdadero nombre. Lo de Mórtimer es un apodo que le puso alguien. Hace ya mucho tiempo que merodea por aquí. Es un vagabundo que no está demasiado bien de la cabeza pero, como ha dicho Dylan, nunca ha causado ningún incidente.

—Pues yo juraría que se estaba fijando en nosotros y que ha sonreído de una manera un tanto extraña —opinó la muchacha.

Cuando Dylan se desvió hacia su casa, Adrian aprovechó para volver a preguntarle a Becky sobre el comentario que había hecho minutos antes.

—Creo que está bastante claro lo que quería decir —contestó ella reacia a ser más explícita.

—Pues debo de ser un poco tonto porque para mí no está tan claro. ¿Cómo que eso es lo que pasa cuando alguien como yo le hace caso a alguien como tú? ¿Qué problema hay en que seamos amigos?

—No hay ningún problema, pero...

—¿Pero?

—Adrian, por favor, ¿es que estás ciego y sordo?

—Pues empiezo a pensar que sí.

—Tú eres un chico muy atractivo y, en opinión de casi todas las de la clase, también muy interesante.

—¿Interesante?

—Cosas de chicas —explicó ella sin darle mayor importancia—. Y yo no solo no soy atractiva ni interesante sino que además soy rara.

—Eso no es cierto.

—¿Y tú qué sabes? Apenas nos conocemos.

—Pues yo siento como si te conociera desde siempre.

—Y yo también a ti, pero eso no hace más que empeorar las cosas. Desde que era una niña pequeña me he sentido distinta a mis compañeras. No sabría explicarlo pero era como si, por alguna razón desconocida, no acabara de congeniar. Con mucho esfuerzo he conseguido pasar inadvertida y créeme que eso ya es bastante para mí. Y ahora llegas tú y me sacas de mi escondite y me expones a la luz pública y, por un lado, me alegra que lo hayas hecho porque cuando hablo contigo me siento liberada, pero a la vez eso supone enfrentarme a una situación que preferiría evitar.

—¿Quieres que me aleje de ti? —preguntó el muchacho, temeroso de escuchar la respuesta.

—No.

—¿Entonces?

—No sé lo que quiero —reconoció ella con los ojos bajos.

Adrian la miró unos instantes buscando las palabras adecuadas.

—Becky —dijo al fin—, solo somos amigos y, aunque yo te encuentro muy atractiva, por mucho que tú digas lo contrario, y me encanta estar contigo, no tengo intención de acelerar las cosas ni presionarte lo más mínimo. Deja que la gente piense lo que le dé la gana. Dentro de unos días se habrán acostumbrado y necesitarán otro tema para entretenerse durante los descansos y las comidas. Sé que no quieres llamar la atención, pero eso no significa que seas rara, o si lo eres —añadió sonriendo—, creo que no es una rareza peligrosa.

—Haces que todo suene tan fácil...

—Es que es fácil. Solo son problemas de adolescentes.

—Gracias, profesor Miller —repuso la muchacha en tono irónico.

—De nada, señorita Price. ¿Nos vemos mañana?

—A no ser que uno de los dos se quede en casa y no vaya al instituto...

—Suena genial, pero no creo que a mi tío le hiciera mucha gracia. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

—¿Y si quedamos con las chicas para ir al cine?

—Ja, ja, ja, ¡qué gracioso! —repuso Max secamente al escuchar la propuesta de Adrian.

El comedor volvía a estar abarrotado y el jaleo era ensordecedor.

—Estoy hablando en serio, no lo decía para meterme contigo —aclaró el muchacho.

—¿Quedar con las chicas para ir al cine? Me parece que la nueva tiene poderes mágicos —comentó Mitch.

—«La nueva» se llama Rebecca, o Becky para los amigos, y más te vale que controles tu lengua si no quieres que te estrangule con ella —repuso Adrian con una sonrisa.

—Vale, vale, tampoco hay que ponerse así. Solo lo decía porque hace una semana fuiste tú uno de los que se opuso a ese plan.

—Lo sé, pero las circunstancias han cambiado. Becky acaba de llegar al instituto y le haremos un favor si organizamos un plan para el fin de semana.

—O sea que tú solo lo haces para que se integre más rápidamente —inquirió Paul.

—Claro, ¿por qué lo iba a hacer si no?

—¿Qué os ha parecido la película? —preguntó Lily cuando salieron a la calle.

—Me ha encantado —comentó Sandra.

—Sí, ha estado muy bien —opinó Becky.

—¡Ha sido un...!

—A nosotros también nos ha gustado —se adelantó a decir Adrian interrumpiendo la previsible crítica de Mitch.

—Parece que va a llover —predijo Max—, ¿os apetece un chocolate caliente? Hay una cafetería aquí al lado que está muy bien.

Todos mostraron su aprobación menos Becky, que sorprendió a Adrian al anunciar que debía marcharse.

—Mi abuela necesita que vaya con ella a casa de una amiga suya. Me lo ha dicho justo antes de salir...

—Te acompaño —se ofreció Adrian, sin hacer caso al evidente cruce de miradas entre el resto de chicas.

—No hace falta que te molestes —intentó impedirselo Becky.

—No vas a hacerle cambiar de opinión, así que no malgastes energías —le aconsejó Dylan con una sonrisa de complicidad.

—Nos vemos el lunes —se despidieron.

—Has sido muy amable, pero no tenías por qué acompañarme —protestó de nuevo la muchacha mientras subían los últimos peldaños.

La estación de metro de Brookspring tenía solo una entrada, con una larga escalera de hormigón, dividida en dos mitades por una vieja barandilla de metal oxidado.

—Rebecca, no insistas. Ya sé que no tenía por qué hacerlo, pero quería hacerlo. Además, un caballero nunca dejaría que una dama hiciera sola el viaje de vuelta a casa.

—Oh, qué considerado —repuso en un tono exageradamente pomposo—, os agradezco vuestra gentileza, milord —añadió, esbozando una reverencia.

—Será mejor que nos demos prisa porque ya me han caído tres gotas —anunció Adrian sonriendo.

—¿Y si esperamos a que pare de llover?

—Dudo mucho que lo haga, más bien va a apretar. Pero creo que nos da tiempo de llegar a tu casa antes de que llueva con más fuerza; solo tardaremos cinco minutos.

La tormenta no se mostró dispuesta a dar la razón al muchacho y, tras un par de truenos, que hicieron retumbar los cristales de los escaparates, comenzó a caer un aguacero, que en pocos segundos empapó a los escasos transeúntes que se habían atrevido a desafiar a los elementos.

Adrian y Becky se resguardaron a la entrada de un pasaje comercial que llevaba años inactivo. Los grafitis de las paredes atestiguaban su abandono, y la densa oscuridad de su interior le daba cierto tinte terrorífico.

—Este sitio me pone los pelos de punta —confesó la muchacha, dirigiendo una mirada desconfiada al abismo que se abría a su espalda.

—No te preocupes, aquí no hay nadie —la tranquilizó Adrian sin apartar la vista de la incesante lluvia, que repiqueteaba sobre el pavimento.

—Pues yo creo que he oído a alguien.

—Eso es porque estás asustada. Mira hacia la calle y se te pasará.

—Vamos a otro sitio, por favor.

Sorprendido por el tono de súplica de Becky, el muchacho se dispuso a acceder a la petición de la muchacha cuando detectó un movimiento pocos metros a su espalda.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó colocándose delante de ella, con un instintivo gesto protector.

—Interesante, muy interesante —dijo una extraña voz desde la oscuridad.

—¡Vámonos, Adrian!

—No, no os vayáis —les pidió la voz.

—¿Quién es? —volvió a interrogar el muchacho escudriñando las sombras.

—Tranquilos, no voy a haceros daño. Llevo muchos años esperando este momento, y vosotros también, aunque sin saberlo.

El desconocido se había ido acercando lentamente hasta llegar a una zona iluminada por las luces de la calle.

—¿¡Morti..!?! —empezó a decir Adrian, pero se detuvo en seco.

—¿Mórtimer? —inquirió el extraño con una sonrisa divertida—. ¿Tú también me ibas a llamar así? Desde luego, no sé a quién se le ocurrió ponerme ese apodo tan absurdo pero puedo asegurarte que ese no es mi nombre en absoluto.

—¿Qué quiere? ¿Y a qué se refería cuando ha dicho que llevamos años esperando este momento? —preguntó el muchacho con una mezcla de desconfianza y curiosidad.

Rebecca continuaba refugiada tras el cuerpo de Adrian y se había aferrado a uno de sus brazos sin darse cuenta.

—Quizás este no sea el mejor lugar para hablar de un tema de tanta importancia —opinó el hombre misterioso.

Seguía diluviando y la calle estaba completamente desierta.

—¿Un tema de tanta importancia?

—Sí. Ha llegado el momento de que sepáis quiénes sois en realidad.